

EL CIRCO DE LA MOMIA

Pedro Bosch

CAFÉ NIZA

La sombra del único árbol estaba ocupada por un tenderete y, allí, un hombre enjuto se resguardaba de los torbellinos de papeles viejos. Detrás de una mesa desvencijada con letreros de cartón, el infeliz se había sentado en un banco, era bajito y delgado. Vendía chicles para “asegurarse un futuro sin problemas digestivos”, “chicles de sabores para probar, para coleccionar o para regalar”. Se anunciaba, además, como experto en los mitos de la antigüedad que “siguen determinando nuestra existencia y las olimpiadas”. No hacía falta preguntar, una lechuza presidía el puesto, se trataba, pues, de la mitología griega o ¿no es la que usaba Freud? Al lado, también se vendía una Coyolxauhqui de plástico verde y un atlante de Tula en miniatura, sólo faltaba un Quijote de alambre.

El maestro estacionó el coche y nos acercamos para saber en dónde podíamos comer y a qué hora era la función del circo. Con aire desdichado, o sólo cándido, vaya usted a saber, como si se avergonzara, el hombre nos mandó a la fonda del lugar, junto a la iglesia, y nos aseguró que el circo empezaría:

- Por ahí de las cinco, cuando se junte tantita gente.

Nos fuimos andando al restorán, como dieron en llamar el maestro y Arturo a ese antro abyecto. Pero, ¿qué se le va a hacer? Así me han dicho que es el trabajo de campo. Caminamos, desganados, en contra del aire espeso y soñoliento, un aire maloliente. La población, a esa hora, después de escarbar los páramos que a pérdida de vista nos rodeaban, se había refugiado en su guarida. Adivinábamos grupos de gente sentada alrededor de una mesa o sesteando en una hamaca deshilachada. El silencio de las conversaciones se escurría

entre los adobes y las vallas de órganos. Las gallinas, tres que vimos, cacareaban en secreto para que no las oyéramos. A medida que avanzábamos iba tomando cuerpo el martilleo de una canción ranchera, seguramente un disco de sinfonola. No me equivoqué, en la entrada de la fonda se encontraba el aparato cuya redondez contrastaba con el perfil del campesino que se gastaba sus tres moneditas para oír a los Bukis.

Terraza no había, tuvimos que instalarnos en la mesa que, en la zona más sombría parecía ser la más fresca. El toque glacial lo daba la luz azul de un anuncio que proclamaba el nombre del lugar: Café Niza y entre estas dos palabras, dibujada con tubos luminosos retorcidos, había una taza cuyo humo simulaban tres líneas onduladas. La taza y sus emanaciones eran tan blancas como sólo el neón puede serlo. En la otra pared, un niño Jesús caminaba con los brazos abiertos sobre unas nubes de algodón, estaba hecho de minúsculos y coloridos trozos de papel de plata. Arriba una guirnalda proclamaba en silencio: “Yo reinaré” y, a un lado, un listón aseguraba: “El amigo que nunca falla”, abajo, una calcomanía de Bugs Bunny nos guiñaba un ojo tan triste como unas uñas negras.

- ¿Qué va a ser?- nos interrogó una mujer entrada en años. La Doña presumía unos erectos pechos que desafiaban las leyes de la gravedad.

- ¿Ya viste, güero?- me susurró Arturo, el otro estudiante- ¡En una de esas el viajecito va a valer la pena!

- Para mí, un café.- dijo el maestro.

- Nosotros también.- coreamos inseguros Arturo y yo.

- Ahoritita se los traigo, viene sin azúcar pero allá está el azuquitar.- y meneó la cabeza para señalar otra mesa.

Estábamos allí para recuperar una momia y quizá por deformación profesional, pensé que pechos tan jugosos merecían permanecer incorruptos, que deberían disecarse,

momificarse, que serían dos espléndidas manzanas repletas de... ¿de qué los rellenaban? ¿de aserrín? En ese momento apareció la sopa aguada, un consomé con unos cuantos chícharos flotando que nos sacó de nuestras ensañaciones. Los tres nos afanábamos por subir el líquido con cucharas planas y sin brillo. Vino después la sopa seca: el inevitable arroz con cuadritos de zanahoria,

- ¿Lo quiere con huevo o sin huevo?- y, luego, el guisado, un trozo de pollo raquíptico en el clásico caldillo de jitomate, todo ello sospechoso. De postre nos tocó un pocito de plátanos con crema que sólo Arturo se comió. Al acabar, recogió el del maestro y el mío para deleitarse ruidosamente. Lo miré con asco.

El vendedor de chicles nos estaba esperando en la puerta. Vestía un conjunto beige de chazarilla y pantalón, tipo chérif. Dos botas tejanas y sucias anclaban su escuálida anatomía. La cara triste y pequeña de por sí, se veía disminuida por los clásicos lentes oscuros de sindicalista, Ray Van ¿cómo no?, y por la no menos típica cabellera de puerco espín aplanada a fuerza de fijapelo y brillantina. Ni siquiera la plata de la hebilla de su anchísimo cinturón relumbraba más, ya no era el pobre hombre que muy acomedido vendía chicles, parecía haber adoptado otra personalidad ¿sebosa?, ¿como de funcionario? El tono de voz de acuerdo con su olor era mustio.

- ¿Para dónde van? Yo les digo, porque, si no, luego, se hacen bolas y nada más se me pierden... Permítanme presentarme, me llamo Olegario Girón.

- Que nos perdamos va a estar difícil, señor Olegario, sólo hay una calle...- dijo Arturo.

- No seas insolente.- Le recriminó el maestro y de inmediato corrigió - Muchas gracias, Don Olegario, con gusto. Yo soy maestro. Nada más nos detuvimos para ver el circo y luego vamos a seguir nuestro viaje... Pero, mientras comienza, ¿Qué es lo mejor de esta ciudad?

- ¿Ciudad? No hace falta señor, no tanto, este es un pueblo bicicletero pero en donde lo mejor, ya que pregunta, son ¡las viejas!

- ¿Las mujeres?- interrogó Arturo.

El maestro y yo nos quedamos silenciosos, mirando alrededor.

- Mejor le pregunto de otro modo: enséñenos lo que haya por aquí, los monumentos, mientras comienza el circo- dijo el maestro- ¿Alguna ruina? ¿Algo curioso? ¡O mejor un panorama!

- Nooo... como que la veo difícil porque el circo, sí, se dilata... Aquí todo es plano y ya se tumbaron lo viejo, así que como para enseñar, enseñar, como que da pena. Nada más les va a gustar la casa nueva de Don Regino que hasta puerta eléctrica le puso. Don Regis es dueño de la farmacia, de la tienda y de casi todas las tierras de por acá.

- Gracias, pero... la verdad, como que no. De plano, mejor hacemos tiempo descansando...

Es más, nos vamos a quedar aquí hasta mañana, porque andar manejando de noche, no.

Y el profesor se dirigió, resignado, a nosotros:

- Vamos a dormir aquí, avisen en sus casas, usen mi celular.

- ¡Ay, qué padre!- dijo Arturo.

De inmediato me asaltó la zozobra de los ¿en dónde?, ¿no tengo dinero!, ¿cómo estarán los baños?, ¿no hay nada que comer! Conseguí preocuparme y más cuando le telefoneé a mi mamá que se quejó y reclamó durante un buen cuarto de hora, lo de siempre.

Firmamos el registro del hotel, un enorme cuaderno en el que nuestros nombres quedaron estampados junto a nuestras profesiones: antropólogo, estudiante y estudiante, tres renglones diferentes; nuestra caligrafía se reducía a tres hilillos que nos representaban y nos definían. La letra del maestro era pequeña, las *a* y las *o* cerradas mientras que la de Arturo era de molde, apresurada, de preparatoria de gobierno, la mía me delataba, era una letra cursiva redonda aprendida en un colegio de mucha paga. Cada uno una habitación, cada uno una

propina al muchacho que no tuvo que cargar maletas, no las teníamos, y se conformó con encender la luz y estirar la mano.

Y allí quedé, echándome la siesta en un cuarto cuadrado hecho de tabicón en el cual chorreadas untuosas bajaban por las paredes azules, eran líquidas y tan flojas como el bochorno. Manchitas pardas que dibujaban arcos de círculo querían decorar tan profunda tristeza, como ojos sucios, ojos que sudan legañas de calor,

- Seguramente una cañería con fugas - me dije suspirando.

Me tocaba compartir el baño con misteriosos “otros cuartos”, como dijo la Doña, porque nos fuimos a alojar en la mismita fonda en donde comimos, era el único lugar que rentaba cuartos.

- No, jóvenes, no hay de otra - había dicho el vendedor de chicles, ahora nuestro cicero. -
¡O con La Doña o en la roña!

Dormí de mala gana, pero descansé y me reconcilé con el proyecto... y si fuese un descubrimiento importante... ¡y yo de rejego!... así que me levanté y bajé al Café Niza. Allí seguía el chaparrito Don Olegario que insistió otra vez en que fuéramos a ver la casa de Don Regino, ¡tan nueva! ¡Es como las del mero México!

Al poco rato aparecieron mis compañeros. Los tres nos fuimos, con nuestras ropas muy arrugadas, al circo, como quien va al *table-dance*, entusiasmados, de buen humor, contando chistes y dispuestos a divertirnos. El trabajo ya vendría, primero había que conocer a la reina del espectáculo. A medida que nos acercábamos a la carpa, la gente, poca y endomingada, nos miraba como lo que éramos: unos extraños entrometidos. Los niños, adornados como piñatitas, frutos de una ficticia abundancia temporal, no querían que fuéramos:

- El circo es para niños, verdad papito...

- Bueno, también a alguna gente grande le gusta. -contestaban incómodos los mayores.

- Pero, que les cueste más caro...

Sus voces gangosas y agudas se colaban entre el rumor de los megáfonos porque ya se oía claramente un altavoz anunciando los principales números del espectáculo.

- ¡Cállense, cállense tantito! - nos suplicó el maestro- ¡Oigan!

- La momia, van a ver una momia egipcia, traída por los inquisidores españoles para seguirla castigando de por vida. La van a ver encadenada porque sinooo... ¡se escapa! Es un muerto viviente y... ¡tiene una pata de cabra! También tendrán el privilegio y la suerte de contemplar las evoluciones de nuestros cirqueros que, como ángeles, volarán. Madame Lulú los hará temblar con sus acrobacias...

Cerca de la carpa los saltimbanquis se mezclaban con el público, tan míseros los unos como los otros. Las fanfarrias atronaban mientras los enanos dialogaban con los niños, mirándose desconfiados, desde una misma altura. Nos colocamos en lo que parecía ser la cola para comprar las entradas.

- Gomitas, gomitas, perfumitos, muérganos, refrescos.

- Una limosnita por amor de Dios.

Se acercaron entonces dos hombres, uno, gordo, con un pañuelo atado al cuello y tirantes sujetándole los abolsados vaqueros, y otro, de bigote rubio y bisoñé, que usaba un pantalón rojo muy ceñido y, en vez de camisa, lucía, a mitad del pecho, un enorme medallón de cuero negro, como el del famoso cuadro de Sor Juana, con el anuncio del circo: Bravo hermanos. Los hermanaba, además de la sangre, la torpeza de los que a punta de pesas acaban con músculos que parecen tumores. Ninguno de los dos bajaba totalmente los brazos por lo mucho que se les desbordaban los bíceps y los tríceps. Ellos eran justamente los hermanos Bravo y nos invitaban a una función gratis.

- Como no pasan muchos extranjeros por aquí...
- ¡Nosotros, extranjeros no somos!
- Pues si no, entonces canten el himno, a ver, a ver... -susurró un payaso.
- ¡Ahí te va! -contesté muy ufano, respondiendo al desafío.

Con una mirada me calló el maestro.

- Queremos invitarlos, vean la función como huéspedes de honor. Con permiso, los señores primero...

Muy orondos, no pudimos evitarlo, uno tras otro, como tres presumidas codornices, pasamos delante de todo el pueblo, sin hacer cola, a sentarnos en los mejores lugares. Olía mal, entre orines de caballo y sudor rural pero estábamos encantados, dándonos codazos y riéndonos de nada, con la insolencia del influyente o, mejor, con la del que se siente reconocido. Hasta el profesor se veía diferente, más alegre y más liviano, la mirada menos ansiosa.

Se apagaron las luces y se oyó la voz redonda del maestro de ceremonias, era nuestro nuevo y generoso amigo, el que iba vestido de vaquero. Se le deshinchaba el torso a medida que pronunciaba a gritos y con precisión de académico:

- Señoras y señores, bienvenidos al Circo de los Hermanos Bravo. En nuestro espectáculo disfrutarán payasos y cirqueros, animales amaestrados y maravillas que el mundo lejano tiene: mujeres fuertes de Arabia, magos de la India, malabaristas con bastones del diablo y... ¡una momia egipcia!, en un universo que combina todas las artes. Que se diviertan y que comience la función. ¡Música maestro!

Al ritmo de las trompetas, desfiló revuelta toda la compañía. Aparecieron las trapevistas con medias de cabaretera, las lentejuelas negras y rojas de los trajes trataban en vano de reflejar una luz que sólo resaltaba defectos. Los elefantes se apuraban torpemente

delante de los caballos, y revoloteaban a su antojo los payasos, ¡cuánto ruido, cuánto trombón, cuánto tambor! ¿Era la Marcha de Aída? Mucho regocijo y complicidad entre público y actores, estaban decididos unos y otros a divertirse. Fue delicioso, daba gusto estar allí.

Y por fin, después de una contorsionista medio china, llegó la “esperada, esperadíiiiiisimaaaa... ¡momia! El lucero de la noche”. La luz bajó hasta dejarnos casi a oscuras y surgieron, de entre las cortinas de lona sucia, cuatro torsos desnudos y famélicos, el resto de los cuerpos, vestido de negro, no se veía, llevando a cuestas un magnífico palanquín. Era una mullida litera sobre cuyos almohadones lila y rosa reposaba un cuerpo amojamado y una cara como de jamón serrano. Las manos parecidas a las patas de los pollos muertos casi se cerraban. En las muñecas, lucía unos brazaletes de hierro decorados con cuentas de vidrio sujetos a unas cadenas que impedían que la ligerísima momia se escapara o, más probablemente, que se cayera. Las cadenas estaban soldadas a los barrotes de la litera. En la cabeza le habían pegado unas plumas ralas muy verdes imitando el penacho de Moctezuma, o por lo menos eso me pareció. Una pequeña cobra, que garantizaba la egipciedad, sujetaba el tocado mientras que en el otro extremo del cuerpo una pata de chivo se asomaba, impúdica, entre los brillos de las sábanas de raso.

El público tan escuálido como ella, al verla aparecer, apenas si pudo emitir un suspiro, se convirtió todo él en estatuas de sal. Los niños no lloraron. El silencio se apoderó de la carpa entera. Ni los perros ladraron, ni los elefantes se movieron. Las moscas se posaron para oír el lúgubre chirriar de las cuerdas de los trapecios que acompañó el paso de la momia, como si acróbatas fantasmas siguieran saltando de un trapecio a otro. Ni yo, ni ninguno de nosotros fuimos ajenos al miedo que el espectáculo infundía. Poco a poco la luz, que sólo iluminaba el cortejo de la momia, se abrió y pudimos apreciar mejor las caras de nuestros

vecinos de asiento que entornaban los ojos para escudriñar, y hurgar con morbo en los detalles del ser muerto que daba la vuelta a la pista. Poco a poco, una música de película de terror se abrió paso por el silencio neblinoso y acompañó a la momia hasta que regresó a la trastienda de la carpa a reunirse con los payasos a medio maquillar y los perritos con tutú.

Después no vino nada digno de mención, que si los acróbatas de la luz negra, que Madame Lulú, que un mago “aparecedor” de conejos y que si los elefantes hacían pirámides. Payasos también los hubo, muchos, y a cuál más cochambroso y abominable. Aproveché para examinar al resto de la concurrencia. Noté que esa noche el ambiente no era el natural, se comentaban nuestra apariencia, nuestros gestos y nuestros ademanes, tanto o más que las piruetas de la pista. El pueblo entero se preguntaba quiénes éramos y por qué estábamos allí, nos medían, desconfiados y con razón, éramos los nuevos, los que venían de la capital, y se repetía la eterna historia de México que, como su música, cambia y es siempre igual: limpios contra sucios, los de allá y los de acá, los que comen con tortillas y los que usan cuchara, los que hablan bonito y los que medio hablan...

Y si de repetir historias hablamos, ¿cómo no? yo encontré mi Malinche, me deslumbre con una jovencita de ojos grandes y carnosos labios. Se cobijaba entre los pliegues de un rebozo naranja y verde cuyos flecos caían junto a sus rodillas. La piel era morena, la frente abombada y, de las orejas pequeñas colgaba un río de vidrios ligeramente azulados. Se sujetaba el pelo negro, rizado en sus extremos, con dos broches de aluminio. Hasta aquí podría decir que se trataba de una belleza y nada más, una de tantas, cuyos rasgos se rigen por la estética infalible de la televisión. Mi traspié, por llamarlo de algún modo y no caer en palabras fatales como derrota o subyugación, vino con la sonrisa. Los ojos se le iluminaron y aparecieron unos dientes limpios, fuertes, impecablemente alineados, blancos como las nubes sin lluvia, dientes de carnívora. Dirán que fue pura química y quizá la química pura explique

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

